

CAPITULO VII

Cómo vuelvo á la vida

LA casa era de las de modelo antiguo; gran corredor hacia el camino, piezas de habitación en las dos alas, huerta á la espalda, dos corrales á los lados y en ellos vacas, bueyes y carneros. En seguida se extendía la *cuadrilla* con las casas de los peones, jacales de paja con puertas de petates, humeadas hasta el techo y con las madres también llenas de hollín.

En la casa principal se fabricaban el queso, las *panelas*, el requesón, la mantequilla y los *jocoquis*; en las viviendas de los trabajadores se molía maíz y se hacían tortillas; en los campos, en previsión de las próximas lluvias, se volteaba la tierra, que habían endurecido las heladas, y en todas partes se notaba el movimiento y la vida.

Aquel día, uno de los calurosos de Abril, desperté con una singular sensación de bienestar. La luz entraba á torrentes por la ventana abierta, los cachivaches de montar, el suelo limpio (*en que se podía tomar chocolate*), el baúl de madera blanca con cinchos de hierro que yacía por el suelo, la estampa de la Refugiana que desde la pared frontera se miraba aupando á un niño gordo y colorado como manzana californiana, adquirieron vida nueva al conjuro de aquel torrente de luz que se había colado como Pedro por su casa, sin estorbos de cortinas ni colgaduras.

Serían las once; mientras una gallina cacareaba asustada, sin resolverse á arrojarse de lo alto de un mezquite, un gallo de plumas de seda que alzaba la pata derecha como rezongando, se plantó en los dos pies, alzó la cabeza, como tenor que ataca una nota de empeño y lanzó un *quiquiriquí*, que de otros gallineros le contestaron con un *Cristo nació... en Belén*, mientras los *cóconos*, haciendo la rueda, barriendo el suelo, hinchando los corales é irguiendo el moco, decían á una: *gordo... gordo... gordo...*

La ternera *Corbata*, atada á un poste, se esperezó, abrió el hocico, se restregó contra la pared y mugió tristemente, mientras le contestaban con voces aflautadas los becerrillos que con bozal de púas en el hocico se encontraban en el corral distante.

De mi cama podía contemplar los prados que empezaban á cubrirse de verdura, las montañas azules que limitaban el horizonte, los huizaches, mezquites y chaparros que bordeaban la barranca cercana, y sobre todo el sol, el *almo sol*, como le llamaba con frase poética, que entonces se me figuraba la verdad pura.

Cuando más entretenido me hallaba, gozando, con la dulce delectación del convaleciente, de aquel panorama que me recordaba días de calma y de placer, oí unos pasos pesados, una tos cascada y un gargajear rudo y resonante, y ví aparecer á un sacerdote alto, ya viejo, atildado de traje y basto de facciones.

— Parece que sigue mejor el señor capitán, cuando tan *alebrestado* le veo, y hasta sentadito en su cama; pero, por Dios, no hay que sacar mucho el pie del plato: esas heridas de la cabeza son traicioneras, y el día menos pensado puede una recaída tener consecuencias tremendas. ¡De buena ha escapado usted, hombre, de buena ha escapado! Por lo menos, de tener un pedazo de la *chirimoya* hecho de *jícara*, ó de plata, como dicen lo tenía el bienaventurado Juan Fernández de Híjar, encomendadero de esta jurisdicción.

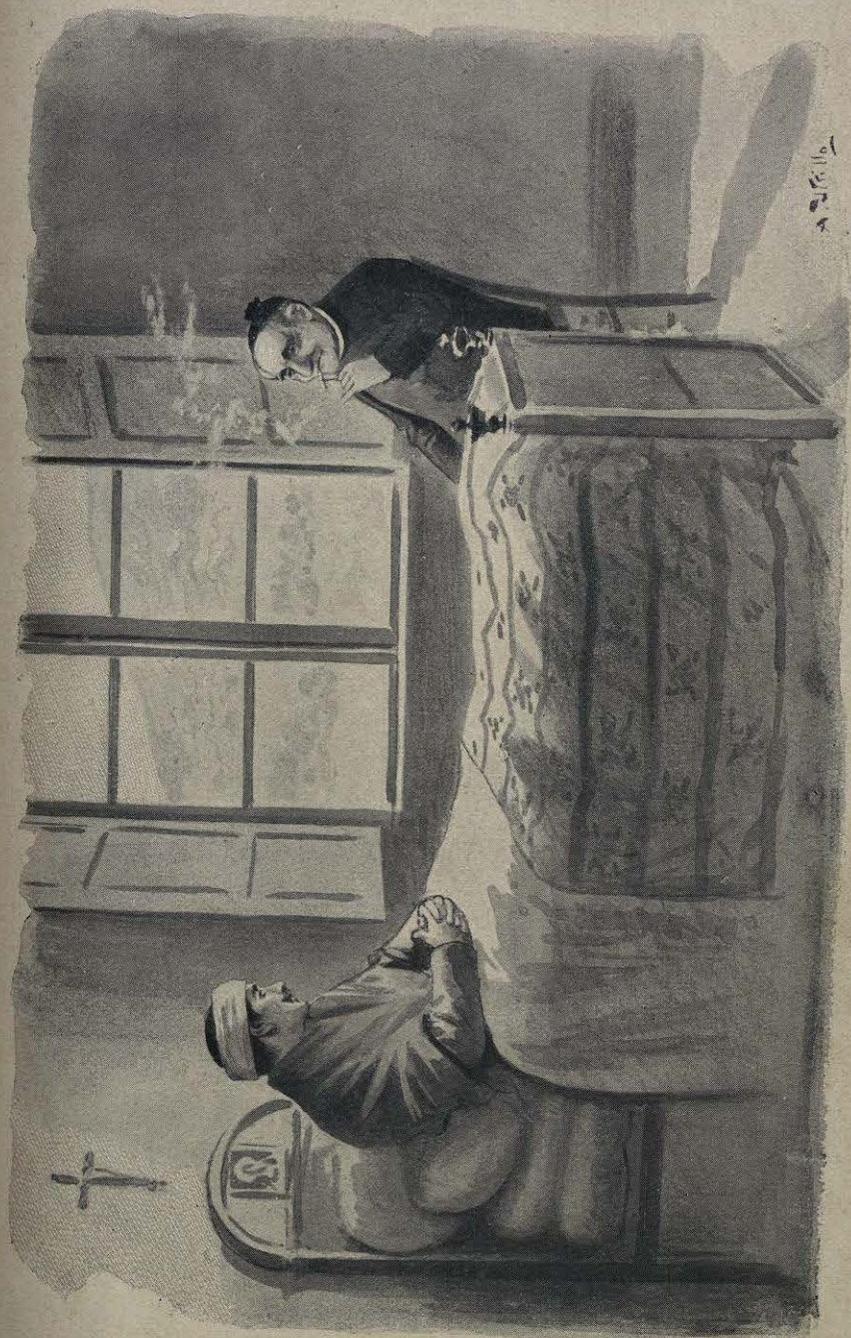
Sacó una hoja de maíz, la lamió, tomó un tabaco del saquillo de labores que traía al costado, requirió unas tenacitas de plata con cadena, me miró al sesgo mientras echaba yescas con un pedernal y un eslabón de acero

castel (sic), y con el cigarrillo retorcido y puntiagudo dentro de la boca, me preguntó:

— ¿No quiere un *macuchito*? ¡Ah, que usted no *chupa*! y empezó á apretar la tagarnina, haciendo al mismo tiempo los más graciosos visajes con la boca desdentada, la nariz episcopal y los ojillos resguardados por unas cejas peludas que parecían gusanos quemadores.

— ¿Y qué noticias hay de la guerra, padre?

— ¡Caray! maldita sea la guerra y el cochino que la inventó. Está ese mundo que se arde. Con decirle que en el rancho de al lado había un muchachillo á quien llamaban *Bueyes pintos*, porque, con perdón de usted, cuidaba los de la finca... Pues ese, el día menos pensado, tomando por pretexto que el amo lo había puesto en el cepo por alguna picardía, salió decidido, diz que á vengarse de la ofensa; y ahí tiene usted que el maldito, en menos que se lo cuento, ha levantado una tropa de rancheros que da miedo. Cerca de aquí, en el potrero de *La Majada*, hizo el otro día alarde de sus huestes, y contó hasta doscientos desarrapados, cuál con pistola, cuál con sable, cuál con mosquete, cuál con yoga, cuál con bocamarta; y como muchos no llevaran arma, sino un gancho, se añadieron á la turba. Esos, al pasar por los ranchos, cogen de aquí una gallina, de allí un *cuinito* que ya se reviene de manteca, de la otra parte unas enaguas, un rebozo ó unos calzones de pana. Y allá van los descamisados, amenaza-



... Y con el cigarrillo retorcido y puntiagudo . . .

dores, feroces, matando gente y asaltando fincas. Dicen que ahora ya son más de quinientos los pronunciados; que más de la mitad trae caballos; que han nombrado coroneles y generales; pero que todavía mandan los de *puro gancho*...

Me quedé pensativo, y dije después de un rato:

— No hay duda, padre, todo eso es terrible; pero la libertad tiene que implantarse á costa de muchas cosas así...

— ¡La libertad! me interrumpió el viejo, mirándome con ojos entre risueños y enojados. No, aquí no se trata de libertad; aquí se trata de algo más importante: se trata de gentes que tienen hambre y que van á coger su pan de manos de quienes lo han gozado siempre. Esta no es guerra de *principios*, sino de *sopas*; se necesita un nuevo reparto de la tierra, del dinero, de la instrucción, de la felicidad, y lo habrá, pese á quien pese. Esta revolución, que sólo Dios sabe cuándo acabe, tiene que diferenciarse de las otras en que cambiará todo de arriba á abajo. Que el presidente sea Juárez, ó Zuloaga, ó Doblado, ó Miramón, es lo de menos; lo de más es quien va á gozar de las riquísimas haciendas, de las sumas acumuladas, de los tesoros de los conventos y las catedrales...

— Y ¿qué se sabe? insistí preguntando.

— Casi nada, amigo. El constitucionalismo va de capa caída; Juárez y los suyos se embarcaron en Manzanillo;

don Santos Degollado quedó de jefe de los *chinacos*; don Pedro Ogazón de gobernador de Jalisco por los puros; Casanova de lo mismo por la *mochitanga* brava.

— ¿Y Parrodi?

— Ese entregó todas las tropas á los conservadores, y cuando sus amigos de usted, Aedo y Medellín, le instaban para que fraccionara su gente, contestó que no sabía hacer la guerra de bandidos.

— ¡El bandido será él! grité soltando un taco más redondo que una bola.

— ¿Y sabe usted lo que es de actualidad? Un caldo que es el vivo *saccarum*. *Ego vidi*, y señalaba los ojos con dos dedos abiertos á manera de compás; se trata de una gallina con más enjundia que los escritos de Couto, y más substanciosa que un silogismo de Pesado. Hay también una cajeta de membrillo para alabar á Dios, y un par de huevos frescos que dan gusto. No más atole blanco, no más cerato simple, no más hilas, no más podre asquerosa, que parecía que diariamente echaba los sesos; ahora, mucho reposo, mucha dieta, mucha quietud y mucho alimentarse bien para que no tengamos una vuelta á las andadas. ¿Qué tal se encontraría para dar una vueltecita? Eso es, muy bien; hay fuerza, hay individuo... Poquito á poco, sin apresurarse, como si tuviera año y medio y quisiera echar el paso... No, no tan de prisa; cuidado, no vaya á caerse y á abrísele ese boquete por donde le

cabían los dedos de una mano:... ¿Ve usted? Era claro; ya le vino un vértigo, porque está débil como quien ha perdido tantísima sangre... Ahora voy á decir que le pongan unas *substancias* de pan con vino blanco, y verá cómo se fortalece...

Me colocó en la cama con el cuidado que demandaría un objeto frágil de cristal ó alfeñique, y siguió diciendo, mientras ahuyentaba el humo de su cigarro con la mano que tenía libre:



— Mañana llegan don Alonso y doña *Idwigen*, los dueños de este rancho. Son las mejores personas del mundo, y traen consigo á sus hijas Leonorcita y Lupe. La chiquilla es de la piel de Judas; me hace ver mi suerte escondiéndome el manteo, la sotana y el sombrero de teja. ¿Ve este remiendo que tiene la pasta de mi breviarío, cabalmente donde dice *Verna*? Pues ella hizo la lesión correspondiente. La ampolleta sólo se salva porque la traigo siempre conmigo... La grande, es seria, pa-

cienta y recatadísima... Y en cuanto á guapa, le aseguro que vale lo que pesa de oro.

Yo oía estas noticias entre trasudores y desmayos; me apliqué un limón á la nariz y logré recobrarme un poco, pero no tardé en sentirme más trastornado.

— Ya, ya se conoce que está usted sufriendo con mi charla... Permítame un momento. Y asomándose á la puerta gritó hasta tres veces:

— Pantaleón, Trinidad... Petra...

No tardó en aparecer un mocetona, *alta de pechos, de ademán brioso*, que dijo al entrar:

— ¿Hablabas su mercé?

— ¡Caray, que si hablaba! Hombre, me parece; aquí está este caballero que si le dicen Jesús, entrega el alma á Nuestro Señor, y ni quien se duela de él... Anda, floja, tráele su comida, que ya no puede aguantar más.

A poco llegaron la criada, un azafate que soportaba el consabido banquete, un botellón que sudaba agua por todos sus poros y una botella de benicarló de vieja data.

— Un dedito, nada más que un dedito de este vino, porque si lo averiguara Herrera y Cairo, de fijo que me daba de coscorrones.

— ¿Quién es Herrera y Cairo?

El padre detuvo el chorro, que caía poco á poco en el vaso de cristal con tapadera, que por cierto tenía embutida una onza de oro en el fondo.

— Herrera y Cairo es el médico de usted, el antiguo gobernador, el enemigo de los frailes.

— ¿Y á qué santos viene aquí?

— ¡Caray! ¿luego no sabe que vive en la hacienda de la Providencia, lejos de la política y de los enredos? Y por cierto que hace mucho bien; ni una peseta cobra de honorarios, y en cambio no pasa día sin que deje algunas á la cabecera de los enfermos. Es un sabio...

Cuando acabé de comer, dí gracias á Dios y me recosté en el almohadón, de lino limpísimo.

— A ver si concilia el sueño; entretanto, yo leeré alguna cosa que le entretenga.

Salió con sus pies de viejo, borrachos y vacilantes, echando un paso para adelante y dos para atrás, y al poco rato volvió con un libro.

— El vivo *saccarum*; casi nada, *Los nombres de Cristo* del maestro León.

Y leyó:

«Nómbrese también PRÍNCIPE DE PAZ y nómbrese »ESPOSO. Lo primero se lee en el capítulo nueve de *Isaías*, »donde hablando dél el profeta dice: Y será llamado PRÍN- »CIPE DE PAZ. De lo segundo, él mismo, en el *Evangelio* »de San Juan, en el capítulo tercero disce: El que tiene »esposa, esposo es y su amigo oye la voz del ESPOSO, y »gózase».

A poco roncaba como un bendito; pero el padre, que

había tomado entonación de púlpito, sólo se escuchaba á sí mismo:

«*Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.*
»*Y como decíamos poco ha, Esaías canta dél: No será*
»*bullicioso, ni apagará una estopa que humee, ni una caña*
»*quebrantada la quebrará.* Y el profeta Zacarías también:
»*No quieras temer, hija de Sion, que tu REY viene á ti justo y*
»*salvador y pobre, ó como dice otra letra, manso y asentado*
»*sobre un pollino...*»

De toda aquella metafísica sublime, poco se me alcanzaba; pero las cláusulas de oro seguían resonando en mis oídos como campanillas de timbre grátísimo, llevando el ritmo de mi letargo y haciéndome soñar en praderas verdes donde se veían corderillos blanquísimos, niños rubios coronados de rosas, y un joven melancólico y sereno, de áurea barba y mirada honda que proclamaba la paz para el mundo.

Desperté cuando el sol ya estaba próximo á esconderse tras los crestones que me daban frente; un vaho suave y odorífico subía de los campos que nos rodeaban; se oían silbidos, voces entrecortadas:

- ¡*Mascada!*
- ¡*Epa, Escribana!*
- ¡*Córtate, Tapatía!*
- ¡*Sácate, Rabón!*
- ¡*Mialo! ¡Mosco! ¡deja á la Corales!*

— ¡Andale tú, toro *rejego!*

Era el ganado que entraba á los encierros armando estrépito, mugiendo, bramando, lleno de regocijo por el reposo próximo.

A poco, regresaron del campo las juntas que venían de trabajar y los perros atraillados que acompañaban á los pastores; se encendieron varias luminarias en el patio; salió Venus resplandeciente de hermosura, y de todas las gargantas varoniles brotó un cántico solemne, dulce, pausado, grave y hondo: el *Alabado*, la acción de gracias á Dios por el humo que salía de las chozas, por el trabajo benéfico y remunerador, por las mieses que no tardarían en dorar los campos, por el reposo después de la fatiga, por el hogar caliente y amoroso, por la compañera amante, por los hijos, por todo lo que de más hermoso tiene el hombre sobre la tierra.

